

Adam Zameenzad

Pepsi y María

Traducido por Jordi Giménez Samanes



*Para Shammi,
mi esposa*

El cuervo me ha dado la señal,
el cuervo me ha dado la señal.
Cuando el cuervo me hace bailar,
cuando el cuervo me hace bailar,
él me dice (cuándo) hay que parar,
él me dice (cuándo) hay que parar.

Una huida

María volvía a tener aquel sueño una vez más. Era el sueño que más le gustaba. Soñaba con el Cielo. Con su casa. Con la abundancia, el calor y el amor. Y con comida. Eso era con lo que soñaba siempre que se iba a dormir con hambre.

Gesticulaba arrugando la nariz en la noche soñolienta, como un minino volviendo a casa después de un garbeo, y olisqueando el succulento aroma del pescado recién salido del río friéndose en la vieja cocina familiar.

En su sueño, María se encarama por las montañas de basura, tan familiares, haciendo balancear la mano de su madre con su mano izquierda y la de su hermano pequeño con la derecha; y no obstante, con esa extraña lógica de los sueños, tiene una mano libre, con la que está comiéndose un panecillo recién hecho, caliente del horno, que no se termina nunca y que su madre acaba de untarle con mantequilla. Sus dos hermanas corren delante de ella. *Calabaza*, el cachorrillo, «mi amiga perrita» como la llamaba María, corre pisándole los talones, como de costumbre, olisqueándole los tobillos, restregándosele contra

las pantorrillas, meneando la cola de un lado a otro con eléctrico afán. Papá está ya arriba del todo, en su parcela de lo alto del montón, seleccionando lo mejor y apartándolo del resto. Puede que las cosas buenas de verdad se las hubieran llevado ya antes de que él llegara, pero aun así siempre quedaba lo suficiente para conseguir un sustento más que aceptable. Bastante más que aceptable, a veces. Al fin y al cabo por algo a aquella colonia la llamaban «CIELO», como decía siempre su madre, riéndose con aquella risa suya que salvaba montañas y que resonaba sobre las crestas y los valles de los enmohecidos terraplenes que formaban los desperdicios del país.

Pepsi estaba sentado junto a la niña dormida, con la espalda recostada contra la vieja y semiderruida pared de la casa medio calcinada. Imaginaba que la pared estaba contenta de tenerlo a él allí, que acogía la calidez de su espalda con agradecimiento. A lo mejor se sentía sola y perdida desde el incendio, y notaba un dolor sordo y siempre presente en su vientre medio carbonizado, como el sordo dolor de la soledad que a veces sentía él en su vientre medio muerto de hambre.

Respiró hondo, sin importarle el olor a orina del aire fresco de la noche, feliz de poder siquiera respirar. Le entraban ganas de levantar la cabeza de María del pavimento frío y pedregoso, y dejarla reposar en su regazo, pero tenía miedo de despertarla. O de interrumpir su sueño. Porque sabía que ella estaba soñando. Lo veía en la sonrisa de paz de sus labios. Siempre que ella se despertaba después de una sonrisa como aquella, le contaba su sueño. Su sueño del Cielo y del hogar, de su hermano y sus hermanas, de papá y mamá.

Pepsi también soñaba con su madre. Solo que él soñaba despierto. Y, a diferencia de María, no tenía ganas de pensar en las cosas que su madre solía decir. Eso habría hecho que él también se durmiera, y él no quería dormir, por cansado que

estuviera, tan cansado que habría podido tumbarse en el suelo y morir. Y eso era precisamente aquello a lo que no estaba dispuesto, a tumbarse en el suelo y dejarse morir.

Él iba a presentar batalla. Con todo su pequeño poder y todo aquello que de grande había en su mente y en su corazón y en su alma, iba a presentar batalla. Iba a luchar por vivir. Todo el tiempo que pudiera. Puede que no fuera mucho. Nico Dos se fue la semana pasada, de fiebres. Y a Paulo le pegaron un tiro en la cabeza. Pero él no iba a irse así como así. María era otra cosa, ella casi había abandonado ya. Y ahora él tenía que luchar también por ella. Tenía que ser fuerte. Lo bastante fuerte para serlo por los dos. Y ser fuerte quería decir estar alerta, estar despierto; al menos hasta poder llegar a un lugar relativamente seguro. Aquella era una zona de máximo peligro, y él era un objetivo prioritario: él y María.

Caddy siempre le había odiado a él más que a los demás. En parte porque Pepsi «pretendía ser mejor de lo que era» y reclamaba ser hijo del señor Romano, uno de los ciudadanos más respetados del país; pero sobre todo porque Pepsi nunca le tenía miedo tal y como los demás le tenían. Le había replicado más de una vez. De día, por supuesto, y a la vista de todo el mundo, en una calle repleta de gente. Ni siquiera Caddy podía utilizar un arma allí. ¡Pero sí echar fuego por los ojos! Pepsi había podido ver cómo se consumía por dentro ante sus palabras y su mirada. Y puesto que se había hecho amigo de María, el odio de Caddy se había multiplicado de forma exponencial. María había venido de «por ahí», del otro lado de la frontera. Eso hacía de ella una intrusa que no merecía otra cosa que lo peor. Juntos, eran malos, como habría dicho Caddy con aquella forma de hablar suya tan llana. Toda su pasión iba encaminada a la acción, sus palabras eran apagadas y sin brillo, como sus pensamientos. Tal vez fuera por eso por lo que jamás había

conseguido ascender por encima del nivel de un simple oficial de policía. Muchos de sus colegas eran ya tenientes o superintendentes, algunos habían obtenido el traslado a otros distritos más prestigiosos. Pero tenía amigos en el cuerpo, amigos que pensaban como él, que compartían su misión, y eso le resultaba satisfactorio.

Pepsi se había quedado casi dormido cuando olió algo. Algo que era más fuerte que la orina. Tenía que ser Caddy. Como un perro a un intruso, Pepsi había aprendido a oler la llegada de Caddy. A decir verdad había sido un perro el que lo había alertado en un primer momento. De entre los muchos animales callejeros que rondaban por la zona, uno había dejado escapar un sonoro gáñido, como si le hubieran propinado una patada. ¡Aquel quejido de animal tenía que haberlo provocado Caddy! Si se trataba de mascotas, acompañadas de sus propietarios, Caddy las acariciaba con afecto e incluso las cogía en brazos y las acunaba, siempre que el perrito fuera lo bastante pequeño y el propietario lo bastante importante. Pero a los perros callejeros...

Y luego le había llegado el olor, aquel olor inconfundible. El olor a Caddy.

Era demasiado tarde para tratar de esconderse. Él estaba demasiado cerca. No había tiempo de despertar a María. Y si cargaba con ella, eso no beneficiaría a ninguno de los dos. Mejor dejarla donde estaba y echar a correr. Ya volvería luego a buscarla. Tan pequeña, y estirada de espaldas, casi no se distinguía del pavimento. Además, si le veía correr, Caddy no podría hacer otra cosa que ponerse a disparar olvidando todo lo demás. Y quién sabe, quizá el verle a él darse a la fuga asustado halagaba tanto su vanidad que se olvidaba de disparar. Al menos el tiempo suficiente como para darle tiempo a él de escapar.

Pensara o no realmente Pepsi todo esto en la fracción de segundo que tuvo para tomar una decisión, el hecho es que

dejó a María allí dormida y salió corriendo. Caddy lo vio, sacó el arma con la velocidad del rayo y disparó tres veces. María se despertó y se puso a gritar. Pepsi tropezó con una piedra suelta del pavimento y se cayó, golpeándose con dureza el codo contra el suelo y dejando escapar un grito.

Caddy pensó que le había dado y, levantando el puño en el aire, gritó:

—Te cacé, hijo de... —Se contuvo; no le gustaba decir palabras malsonantes, ni siquiera muy fuertes—. Al final te cacé... —Empezó de nuevo, y añadió volviéndose hacia María, que seguía gritando— Tú puedes esperar un poco aún, hermanita, espera a que te toque el turno. ¡Yuhuuu! —Y volvió a levantar el puño y dio un salto de medio metro en el aire con alborozo.

Pepsi no había visto nunca a Caddy tan entusiasmado. Fue lo que le salvó la vida. Pues de otra forma sin duda se habría apresurado a levantarse y salir corriendo otra vez, aun sabiendo que no tenía opción; jamás se habría quedado tumbado en el suelo esperando a que Caddy se acercara. Pero sus expresiones de triunfo le hicieron a Pepsi darse cuenta de que Caddy creía que le había acertado. Lo mejor que podía hacer entonces era quedarse en el suelo inmóvil, fingiendo que estaba muerto o gravemente herido. Si llegaba a moverse lo más mínimo, Caddy volvería a disparar contra él, y esta vez le acertaría con toda seguridad. Ahora el policía se aproximaría a él sin atacarle, y cuando estuviera cerca, bueno, entonces él ya vería lo que hacía...

Cuando Caddy llegó medio corriendo hasta donde estaba Pepsi caído en el suelo, este lanzó con fuerza los dos pies al frente, golpeándole en las espinillas. Cogido totalmente por sorpresa, Caddy cayó de bruces cuan largo era, sin poder siquiera emitir un grito. Se le escapó el arma de la mano. La pistola saltó rodando hasta el otro lado de la calle y fue a parar a

los pies de una farola que difundía una luz pálida y tenue, la suficiente para hacer que brillara el metal.

Pepsi se incorporó de un salto y sin pensarlo se fue directo a por el arma.

Antes de que Caddy hubiera podido recuperar el aliento, tenía a Pepsi de pie sobre su cabeza, con la pistola en la mano. No había disparado un arma de fuego en su vida, aunque estaba totalmente seguro de poder hacerlo. Caddy creyó que iba a hacerlo.

El corazón le latía como el aleteo de un pájaro atrapado, se notaba la boca seca y fría. Un chorro de orina caliente le bajaba por los muslos.

Pepsi era capaz de percibir el hedor espeso y tembloroso que emanaba del miedo de Caddy... tan semejante, en un sentido extraño, confuso e inexplicable, al suyo propio. Sin motivo ninguno, se acordó de su madre.

«No», le decía ella. «No, hijo mío, no». Lo decía a propósito de otra cosa, de otra persona. A propósito de él, maldiciendo a su padre y jurando matarle tan pronto fuera lo bastante mayor como para empuñar un arma.

Se agachó, miró con el ceño fruncido a los ojos de Caddy, a los que escupió con precisión callejera, y luego, guardándose la pistola en el bolsillo, fue corriendo donde estaba María, sentada con la espalda muy recta contra la pared, presa de sollozos histéricos, con los ojos muy abiertos, sin parpadear.

Sosteniéndola en brazos, continuó corriendo tan deprisa como podía. Caddy bien podía llevar una pistola de reserva encima, escondida por algún sitio, no podía correr el riesgo de darle una oportunidad aflojando en su carrera. Para ser un niño flaco y desgarbado de doce años, demostraba una velocidad asombrosa, a pesar del agotamiento de todo el día y de llevar a María en brazos. Eso sí, tenía las piernas largas, y María, a

sus ocho años, no pesaba más que algunas niñas de cinco años. Apenas notaba que la llevaba en brazos cuando desapareció en la oscuridad de la noche.

Una deuda de honor

Caddy estaba aturdido. Se sentía como no recordaba haberse sentido jamás, y esto era algo difícil para él. Estaba acostumbrado a estar familiarizado con las cosas y las situaciones. Cualquier experiencia nueva le desestabilizaba, y aquella en particular le resultaba demoledora.

Gateó unos metros con dificultad, rozándose las rodillas como un colegial, y luego, como tal, logró ponerse de pie con una expresión avergonzada y medrosa en su rostro liso y lampiño (a pesar de ser objeto por ello de las chanzas de algunos de sus colegas, por negarse a llevar un bigote varonil), tratando de no ser consciente de la humedad que le bajaba por los pantalones. No era mucho más alto que Pepsi, aunque las botas reglamentarias, de suela gruesa de goma, le otorgaban una ventaja extra sobre el chico, que iba con los pies desnudos. Aunque de cintura algo rechoncha, tenía unos muslos y unos brazos recios y fuertes. Más que poseer un cuello robusto, carecía de él; tenía el pelo graso y negro, la cara mofletuda y fresca, casi angelical, de un parecido que asustaba con su hijo de cuatro años. Dormidos el uno al lado del otro, con la manta hasta la barbilla, como solían hacer, uno casi podía confundirse acerca de cuál era el padre y cuál era el hijo.

¿Qué diría ahora en la comisaría del distrito, ante sus superiores, para explicar lo de la pistola...? ¿Qué había pasado con ella...?

Podía decir que le habían asaltado. Dos hombres, cinco,